

LIBRO NONO.

CAPITULO I.

En la parte meridional de Moscou, junto á una de sus puertas, un dilatadísimo arrabal se divide en dos caminos reales que van á Kalougha: el de la izquierda, es el mas antiguo, el otro es nuevo. En el primero acababa Kutusof de derrotar á Murat. Por este mismo camino salió Napoleon de Moscou el 17 de octubre, participando á sus generales que iba á volverse hácia las fronteras de la Polonia por Kalougha, Medyn, Iuknow, Elnia y Smolensko. Uno de ellos, Rapp, le hizo presente « que ya era tarde, y que el invierno podria alcanzarnos en el camino.» Respondió el emperador, « que él habia

debido dar lugar á los soldados para repone-
 nerse, y á los heridos reunidos en Mos-
 cou, Mojaisky y Kolostkoi, el suficiente tambien
 para encaminarse hácia Smolensko. »
 Mostrando despues un cielo siempre puro,
 les preguntó « si no reconocian su estrella
 en aquel resplandeciente sol. » Pero este
 recurso á su fortuna, y la siniestra ex-
 presion de sus facciones, desmentian la
 confianza que afectaba.

Habiendo entrado Napoleon en Mos-
 cou con noventa mil combatientes, salia
 de ella con mas de cien mil. No dejaba
 allí mas que mil y doscientos heridos. Su
 estancia á pesar de las cotidianas pér-
 didas le habia servido pues para hacer
 descansar su infantería, completar sus
 municiones, aumentar sus fuerzas con
 diez mil hombres, y favorecer el res-
 tablecimiento ó retirada de una crecida
 parte de sus heridos. Pero pudo notar,
 desde aquel primer dia, que su caballería
 y artillería se arrastraban mas bien que
 marchaban.

Pero un desagradable espectáculo daba
 nuevo incremento á los tristes presagios
 de nuestro gefe. El ejército salia sin in-
 terrupcion de Moscou desde la víspera.
 En aquella columna de ciento cincuenta
 mil hombres y unos cincuenta mil caballos
 de toda especie, cien mil combatientes
 que marchaban al frente con sus mo-
 chilas, armas, mas de quinientos caño-
 nes y dos mil carros de artillería, traian
 á la memoria aquel formidable aparato
 de los campeones vencedores del mundo.
 Pero lo restante, en una espantosa propor-
 cion se asemejaba á un aduar de Tártaros
 despues de una triunfante invasion. Era
 en tres ó cuatro hileras inmensamente
 largas, una mezcla, una confusion de bir-
 lochos, arcones, coches lucidísimos y
 carros de toda especie. Aquí, trofeos de
 banderas rusas, turcas y persas, y aquella
 descomunal cruz del Gran-Yvan : allá va-
 rios aldeanos rusos con sus barbas, con-
 duciendo ó llevando nuestro botin, de
 que hacian ellos parte; otros arrastrando

á brazo hasta carretones, llenos de cuanto les habia sido posible llevarse. No llegaron así los insensatos al cabo de la primera jornada; pero desaparecian á los ojos de su loca avaricia ochocientas leguas de marcha y continuas batallas.

Se notaba mas particularmente en aquella comitiva de egército una multitud de hombres de todas las naciones, como tambien diversos criados jurando en todas las lenguas, y haciendo avanzar á puro gritos y golpes, coches primorosos, tirados por caballos enanos, enganchados con cordeles. Ivan llenos de botin arrancado de las llamas, ó de víveres. Conducian tambien á varias damas francesas y sus niños, las cuales fueron dichas moradoras de Moscou en otros tiempos; ivan huyendo ahora del ódio de los Moscovitas que la invasion habia llamado sobre sus cabezas; su único asilo estaba en el egército.

Algunas doncellas rusas, voluntarias cautivas, venian siguiendo tambien Creía-

mos ver de vuelta una caravana, una nacion errante, ó por mejor decir uno de aquellos egércitos antiguos enteramente cargado de cautivos y despojos despues de inauditos estragos.

No alcanzaba uno como la cabeza de aquella columna podria arrastrar y sostener en tan larga travesía una pesada masa de equipages.

Napoleon, á pesar de lo ancho del camino y de los gritos de su escolta, tenia suma dificultad para abrirse paso por medio de aquella batahola. Bastaban sin duda el embarazo de un desfiladero, algunas marchas dobles, ó un arranque de cosacos para desembarazarnos de todo este boato; pero únicamente la suerte ó el enemigo podian aligerarnos así: en cuanto al emperador, le constaba bien que no podia quitar ni afean á los soldados aquel fruto de tantos afanes. Por otra parte el botin suplía los víveres; y ¿podia prohibir que lo llevasen consigo los soldados, cuando no le era posible suministrarles

las subsistencias que les eran debidas? Ultimamente, habiendo escasez de transportes militares, aquellos carruages eran la única via de salud para los enfermos y heridos.

Napoleon se desembarazó pues silenciosamente del inmenso tren que llevaba tras sí, y se adelantó por el antiguo camino de Kalougha. Apretó en esta direccion por algunas horas, anunciando que iba á triunfar de Kutusof en el campo mismo de su victoria. Pero de repente, en medio del dia, y en la altura del palacio de Krasnopachra en que se detuvo, se volvió prontamente á la derecha con su ejército; y llegó en tres jornadas, y por medio de los campos, al camino nuevo de Kalougha.

En medio de esta maniobra le sorprendió la lluvia, la cual echó á perder los atajos, y le obligó á pararse allí. Costó suma dificultad el sacar nuestra artillería de aquellos cenagales.

El emperador sin embargo habia en

cubierto su movimiento con los cuerpos de Ney, y las reliquias de Murat que se quedáron detras del Motscha y en Woronowo. Engañado Kutusof con esta illusion, esperó todavía al ejército grande en el camino antiguo, mientras que transportado aquel todo entero al nuevo en el 23 de octubre, no tenia que andar ya mas que una jornada para pasar pacíficamente al lado del general ruso, y tomarle la delantera hácia Kalougha.

Una carta de Berthier á Kutusof, con fecha del primer dia de esta marcha de flanco, fué una ultima tentativa de paz, y quizás juntamente un ardid de guerra: pero quedó sin respuesta satisfactoria.

CAPITULO II.

El cuartel imperial se hallaba en Borowsk el 23. Aquella noche fué dulce para el emperador; el cual supo que Delzons y su division, á las seis de la tarde, habian hallado vacíos Malo-Iaroslavetz y los montes que la dominan; era una posicion fuerte, á la mano de Kutusof, y el único punto en que este podia cortarnos el camino nuevo de Kalougha.

Quiso al principio Napoleon asegurar este triunfo con su presencia; y aun se comunicó la orden de marcha. Se ignora porque dió contraorden. Pasó á caballo toda aquella noche no léjos de Borowsk, á la izquierda del camino, hácia donde suponía á Kutusof. Examinaba, en medio de una copiosa lluvia, el terreno, como si hubiera podido servir de campo de

batalla. Supo en el siguiente dia 24, que le disputaban á Delzons la posesion de Malo-Iaroslavetz. Apenas esto le conmovió, sea confianza, sea incertidumbre en sus planes.

Salía pues de Borowsk tarde y sin acelerarse, cuando llegó á sus oídos el ruido de una vivísima refriega: inquietase con ello, vuela á ponerse en una eminencia, y escucha. « ¿Se le habian adelantado los Rusos? ¿Se habia desgraciado su maniobra? ¿No habia usado de suficiente rapidez en su marcha que iba dirigida á tomar la delantera al flanco izquierdo de Kutusof? »

Efectivamente, dicen que en aquel movimiento hubo algo de aquel entorpecimiento que se sigue á un dilatado reposo. Unicamente cien werstas median entre Moscou y Malo-Iaroslavetz; cuatro jornadas bastaban para pasarlas, y se emplearon dos mas; pero sobrecargado de vituallas y botin, el ejército estaba pesado, y el camino era pantanoso. Habia habido precision de sacrificar todo un

dia entero al paso del Nara y su laguna , igualmente que á la reunion de los diversos cuerpos. Por otra parte , desfilando tan cerca de los enemigos , era necesario estrecharse en la marcha para no prestarles un flanco muy prolongado. Sea lo que quiera de todo ello , podemos referir á aquella detencion el principio de todos nuestros desastres.

Sin embargo , el emperador prosigue escuchando , y el ruido va en aumento. « ¡Es pues una batalla ! » exclama. Cada descarga le despedaza el corazon , porque su ánimo no era ya de conquistar , sino de conservar. Apura pues á Davoust que le acompaña ; pero este mariscal no llegó hasta la noche al campo de batalla , cuando los fuegos eran cortos ya , cuando todo estaba decidido.

El emperador vió el fin de la refriega , pero sin poder socorrer al virey. Una banda de Cosacos de Twer , á corta distancia de él , estuvo ya para coger á un oficial suyo.

Luego que hubo anochecido , un oficial

enviado por el principe Eugenio , vino á explicárselo todo á Napoleon. « Habia sido necesario pasar desde luego , o dijo , el Louja , al pie de Malo-Iaroslavetz , en lo interior de un recodo que hacen sus aguas , trepar despues por una colina escarpada ; la ciudad está edificada sobre este rápido declive , cortado por diversos resaltos perpendiculares. Hay mas allá un páramo , cercado de montes de que salen tres caminos , el uno en frente , que viene de Kalougha , y dos á la izquierda que llegan de Lectazowo , campo atrincherado de Kutusof. »

« Delzons no encontró allí al enemigo la vispera , pero no creyó deber colocar toda su division en la ciudad alta , mas allá de un rio , de un desfiladero y en la cima de un precipicio al cual hubiera podido arrojarla una sorpresa nocturna. Quedóse pues en la márgen baja del Louja , y mandó que unicamente dos batallones ocupasen la ciudad , y observasen el páramo.

« La noche se finalizaba ; eran ya las cuatro ; todos dormian todavía en los bi-

vaques de Delzons, excepto algunas centinellas, cuando los Rusos de Doctorof salen repentinamente de los montes con espantosos gritos. Nuestras centinelas se replegan desordenadamente hácia sus puestos, los puestos hácia sus batallones, y estos hácia la division: y no era una repentina embestida, pues los Rusos habian mostrado alguna artillería! El zumbido de ella habia ido desde el principio del ataque á llevar al virey, á tres leguas de allí, la noticia de un combate serio.»

El informe añadía « que el príncipe habia acudido entonces con varios oficiales, que sus divisiones y guardia le habian seguido precipitadamente; á proporcion que él se acercó, se desplegó á su vista un vasto anfiteatro muy animado; el Louja señalaba el pie, y ya un enjambre de tiradores rusos disputaban sus orillas.»

A sus espaldas, y desde lo alto de las escarpaduras de la ciudad, la vanguardia enemiga dirigia sus fuegos contra Delzons: mas allá, en el páramo, acudia todo e

egército de Kutusof, en dos largas y negras columnas, por los dos caminos de Lectazowo. Las veian prolongarse y atrincherarse en aquel declive raso, de una media legua de semidiámetro, desde donde lo dominaban y abrazaban todo con su número y posicion; aun se establecian ya de parte á parte en aquel camino antiguo de Kalougha, libre ayer, y que nosotros éramos dueños de ocupar y recorrer, y que Kutusof podrá defender paso por paso en adelante.

Al mismo tiempo la artillería enemiga se habia aprovechado de las alturas que hay, por su lado, en las márgenes del rio; sus fuegos atraviesan lo interior del recodo en que Delzons y sus tropas se habian empeñado. La posicion era indefensible y toda vacilacion funesta. Era menester salir de ella por medio de una pronta retirada, ó atacando con ímpetu: pero nuestra retirada estaba al frente de nosotros, y el virey mandó atacar.

Despues de haber pasado el Louja por un estrecho puente, el camino real de

Kalougha entra en Malo-Iaroslavetz, siguiendo el fondo de una quebrada que sube á la ciudad. Los Rusos llenaban en masa este camino hondo; en él se internaron á ciegas Delzons y sus Franceses, son arrollados los rusos, los cuales ceden, y relucen bien presto nuestras bayonetas en las alturas.

Teniendo por segura Delzons la victoria, dió parte de ella. No le restaba que invadir ya mas que un recinto de edificios; pero sus soldados se manifestaron vacilantes. Se adelantó él; y los animaba con sus ademanes, voz, y ejemplo, cuando le hirió en la frente una bala, tendiéndole en el suelo. Viéron entonces á su hermano echarse sobre él, cubrirle con su cuerpo; apretale en sus brazos, quiere arrancarle del fuego y refriega, pero le alcanzó á él mismo una segunda bala, ambos espiraron juntos.

Esta pérdida dejaba un gran vacío que fue necesario llenar. Guillemintot, sucedió á Delzons; y metió desde luego á cion granaderos en una iglesia y su ce-

menterio, en cuyas paredes formaron almenas. Situada esta iglesia en la izquierda de la calzada, dominaba sobre ella y se le debió la victoria. Las columnas rusas que perseguian á las nuestras, pasaron en aquel dia mas allá de este puesto cinco veces; y dirigidos y tirados oportunamente sus golpes por otras tantas contra su flanco y espaldas, les inquietaron y aflojaron su impulso; además, cuando volvíamos á tomar la ofensiva, las colocaba aquella posicion entre dos fuegos, y aseguraba el acierto de nuestros ataques.

Apenas Guillemintot hubo dado esta disposicion, cuando le asaltaron enjambres de Rusos; le rechazan hácia el puente, en donde permanecia el virey para juzgar del estado de la refriega y preparar sus reservas. Desde luego los socorros que él envió fueron débiles, y llegaron unos tras otros, é insuficiente cada uno de ellos como acaece siempre para un esfuerzo mayor, se malograron todos sucesivamente sin fruto ninguno.

Ultimamente, empéñase toda la division 14^a en la batalla, la cual sube y llega por tercera vez á las alturas: pero desde que los Franceses pasaron mas allá de las casas, desde que se alejaron del punto céntrico de que habian partido, desde que se presentan en el páramo en el cual están al descubierto, y la esfera se extiende, no son ya suficientes: arrollados entonces con los fuegos de un ejército entero, se asombran y conmueven; acuden de continuo nuevos Rusos; aclaradas nuestras filas, ceden y se rompen; los obstáculos del terreno aumentaban su desorden, y ételos de nuevo que se vuelven á bajar atropelladamente abandonándolo todo.

Pero diversas bombas habian abrasado á espaldas suyas aquella ciudad de madera; al retroceder encuentran el incendio, repélelos el fuego hácia el fuego; vueltos fanáticos los reclutas rusos, se encarnizan, nuestros soldados se indignan, se pelean cuerpo á cuerpo; se ven algunos coger con una mano, y sacudir

con la otra, y vencedores ó vencidos rodar al fondo de los precipicios, y en medio de las llamas sin soltar la presa. Allí los heridos expiran ahogados con el humo, y devorados por las brasas. Ennegrecidos y calcinados bien pronto sus esqueletos, son de un horrendo aspecto, cuando la vista descubre en ellos una reliquia de forma humana.

Sin embargo, no todos desempeñaron igualmente bien su obligacion. Se notó un gefe, grande hablador, que desde el fondo de una quebrada, empleaba en perorar el tiempo de obrar. Retenia al lado, en aquel sitio seguro, las tropas necesarias para autorizarle á permanecer allí él mismo, dando lugar á que lo demás se expusiese por menor, sin union, y al acaso.

Quedaba todavía la division 15^a. El virey la llama, se adelanta echando una brigada á la izquierda en el arrabal, y otra á la derecha en la ciudad: eran Italianos, reclutas, y peleaban por la pri-

mera vez. Subieron gritando de entusiasmo, ignorando el peligro ó despreciándole, por un efecto de aquella singular disposicion que hace menos querida la vida en su flor que en la vejez, sea que el joven teme menos la muerte con el instinto de la distancia, ó que rico de dias y pródigo de todo en aquella edad, desperdicia su vida como los ricos sus tesoros.

El choque fue terrible; reconquistóse todo por unas cuantas veces y se perdió igualmente. Mas activos que sus antiguos camaradas para comenzar, se fastidiaron mas pronto, y se volvieron huyendo hácia los batallones de veteranos que los sostuvieron, y se vieron precisados á conducirlos otra vez al peligro.

Alentados entonces los Rusos con su número de continuo en aumento y con el triunfo, bajaron por su derecha para apoderarse del puente y cortarnos toda retirada. No le quedaba ya al príncipe Eugenio mas que su última reserva, y

él mismo tomó parte con su guardia, á cuya vista y gritos del príncipe se avivan las reliquias de las divisiones 13^a, 14^a y 15^a, las cuales hacen un último y eficaz esfuerzo, y se renueva todavía la batalla en las alturas por quinta vez.

Al mismo tiempo el coronel Peraldi y los cazadores italianos, arrollaban á bayonetazos á los Rusos que veian ya á la izquierda del puente, y sin tomar aliento, cegados con el humo y fuego que han atravesado, con los golpes que sus manos descargaban y con su victoria, se internaron bien adelante en el páramo, y quisieron apoderarse de los cañones enemigos, pero una de aquellas profundas grietas de que está surcado el suelo ruso, detuvo sus pasos bajo un mortífero fuego: abriéronse sus filas que la caballería enemiga atacó, y se vieron rechazadas hasta los jardines del arrabal, se detienen y estrechan allí; Durrieu, Giffinga, Trezel, Franceses é Italianos, todos defienden con encarnizamiento las

salidas altas de la ciudad, y rechazados por último los Rusos, retroceden y se reconcentran en el camino de Kalougha, entre los montes y Malo-Iaroslavetz.

Reunidos de esta manera diez y ocho mil Italianos y Franceses en el fondo de una quebrada, vencieron á cincuenta mil Rusos colocados encima de sus cabezas, y auxiliados de cuantos habitantes puede presentar una ciudad construida sobre un rápido declive.

El egército sin embargo contemplaba con tristeza aquel campo de batalla, en que siete generales y cuatro mil Franceses é Italianos acababan de ser muertos ó heridos. No consolaba la vista de las pérdidas del enemigo; pues no era el doble de la nuestra, y salvaban sus heridos. Se traia á la memoria por otra parte, que sacrificando Pedro I, en una semejante posicion, diez Rusos por un sueco, habia creído no solamente no hacer mas que una pérdida igual, sino tam-

bien ganar en aquel terrible trato. Nos condolíamos mas particularmente cuando pensabamos en que hubiera podido evitarse aquella sangrienta refriega.

En efecto, algunos fuegos que renacieron hácia nuestra izquierda en la noche del 23 al 24, advirtieron del movimiento de los Rusos hácia Malo-Iaroslavetz; y sin embargo se notaba que se habia marchado allí flojamente; que unicamente una division echada á tres leguas de distancia de todo socorro, se habia aventurado negligentemente, y que los cuerpos de egército no habian permanecido á la mano unos de otros. ¿Qué se habia hecho de aquellos rápidos y decisivos movimientos de Marengo, Ulma y Eckmuhl? ¿Por qué aquella marcha blanda y pesada en tan críticas circunstancias? ¿Nos habia desordenado por ventura tanto nuestra artillería y bagages? Esto era lo mas verosímil.